

LAS INVASIONES BÁRBARAS

Les invasions barbares

Denys Arcand, 2003

UNA COÑA CON PRETENSIONES

Entre finales del siglo XX y principios del XXI, Denys Arcand filmó lo que algunos críticos consideran una trilogía lúcida y feroz sobre la decadencia de la sociedad occidental: *El declive del imperio americano* (*Le declin de l'empire Americain*, 1986), *Las invasiones bárbaras* (*Les invasions barbares*, 2003) y *La caída del imperio americano* (*La chute de l'empire Americain*, 2018), tres títulos grandilocuentes el primero de los cuales no pasa de ser un panfleto propagandístico de la guerra más idiota y devastadora que se pueda sufrir en tiempos de paz: la guerra de sexos.

Supongo que cuando Arcand realizó *El declive* no tenía en mente iniciar una saga. Simplemente trataba de exponer su teoría de que, igual que el imperio romano hace veinte siglos, el imperio estadounidense se desmorona hoy a consecuencia de la invasión de los bárbaros. Para que este discurso fuese ameno, o sea, taquillero, lo ponía en boca de un risueño y lujurioso grupo de intelectuales de la izquierda burguesa canadiense, de aquéllos que en los tiempos del mayo francés y posteriores sustituyeron la lucha de clases por la lucha de sexos y hoy viven entre el confort y la opulencia.

Quince años después de *El declive*, tras la demostración del fanatismo islámico en el World Trade Center, Arcand ve la oportunidad de retomar su tesis y reúne de nuevo aquellos personajes. A pesar de los años, el nivel intelectual del grupo se mantiene igual de joven: si en *El declive* bastaba con hablar de penes para provocar las mayores carcajadas, en *Las invasiones* el detonante es la palabra "mamada". Donde sí se manifiesta el paso del tiempo es en el deterioro físico de los integrantes (encarnados por los mismos actores), especialmente en Rémy, alma mater del grupo, cuya enfermedad terminal sirve de pretexto para el reencuentro, para la reafirmación de las ideas y, como única novedad, para la reivindicación de la familia patriarcal, aun a costa de acallar las risas con algunas lágrimas.

Las invasiones bárbaras no pasaría de ser una coña con pretensiones culturales si no fuera por su desesperada apología de un sistema económico, político, social y filosófico que Arcand reconoce decadente pero que se esfuerza en apuntalar con dos contrafuertes a cual más atractivo, Rémy, el padre, una forma de entender la vida (exaltación del gran vividor, sobre todo en su faceta fornicatoria) y Sébastien, el hijo, una forma de ganarse la vida (capitalismo especulador que, sin producir nada, acumula una fortuna). Arcand pide para un sistema agónico el mismo cariño que suscita Rémy, entrañable enfermo terminal a quien todo el mundo adora, y la misma aprobación que merecen los métodos de Sébastien, imagen de un capitalismo regenerador, joven, sano, emprendedor, listo, educado y, sobre todo, fiel a su esposa.

En lo político, la posición de Arcand se sustenta sobre cuatro postulados:

1) Condena de las reformas sociales: Canadá no necesita invasores. La ruina del Estado del Bienestar ya ha comenzado desde dentro. La sanidad pública, con su desidia e incompetencia, o el peso adquirido por los sindicatos, nidos de corrupción, han cubierto el país de una mugre tercermundista.

2) Elogio del capital: Con este panorama, al hijo rico no le queda más remedio que sobornar a funcionarios, sindicalistas, policías, camellos y a quien sea necesario con tal de conseguir un fin nobilísimo: que su padre disfrute de toda una planta de hospital, comprada a golpe de billetera, mientras los enfermos comunes se hacinan en los pasillos.

3) Elogio del imperio: El rico reprocha al Imperio no ser más imperial y a Canadá no pertenecer de facto a Estados Unidos. Al hablar de este país dice: “El mejor hospital del mundo... En los países civilizados tienen esas cosas...” Ensalzar el esplendor de los privilegiados no deja de ser una burla para los ciudadanos de segunda, tercera, inmigrantes...

4) Relatividad de la hecatombe: “Contrariamente a lo que se piensa, el siglo XX no fue particularmente sangriento. Las guerras causaron cien millones de muertos, es una cifra aceptada. Añádale diez millones más de los gulags rusos. Los campamentos chinos nunca se sabrá, pero dicen que veinte millones. Llevamos ciento treinta millones de muertos. No impresiona demasiado teniendo en cuenta que en el siglo XVI los españoles y los portugueses, sin cámaras de gas ni bombas, consiguieron hacer desaparecer ciento cincuenta millones de indios de América Latina. Eso sí es un buen trabajo. Tan bueno que en América del Norte holandeses, ingleses, franceses y luego los americanos se sintieron inspirados y degollaron a cincuenta millones de personas. ¡Doscientos millones de muertos en total! ¡La mayor masacre de la historia de la humanidad! Eso ocurrió aquí, ahí, a nuestro alrededor. Y ni un triste museo del holocausto. La historia de la humanidad es una historia de horror.”

“¿Que hubo tres mil muertos [en el 11-S]? Históricamente, es insignificante. Siguiendo con los americanos, murieron 50.000 en la batalla de Gettysburg. Lo significativo, como dirían mis viejos profesores, es que los bárbaros tocaron el corazón del imperio. En los conflictos anteriores, Corea, Vietnam, la guerra del Golfo, el imperio mantuvo a los bárbaros fuera de sus fronteras. En ese sentido, quizá recordemos, y sólo quizá, el 11 de septiembre como el principio de las grandes invasiones bárbaras.”

En lo social:

1) Defensa del patriarca polígamo:

Rémy está casado, tiene dos hijos y una legión de amantes. Sus mujeres oficiales son Louise, la esposa cornuda y abnegada, aunque con algún resabio puntual, y Sylvaine, la hija que nunca pudo contar con él, pero que ahora, ante la inminencia de su muerte, se deshace en sollozos pueriles.

No logro entender que Rémy, culto y contestatario, se casara con Louise, conformista y casi analfabeta. Él dice que lo impulsó la necesidad de mojar: “Me casé para poder acostarme con ella sin que nuestras familias nos incordiaran”. Pero

esta razón no encaja con su facilidad conquistadora: “Seis meses después empecé a engañarla”.

El rasgo principal de Rémy es su capacidad amatoria propia de un sátiro. Rémy no es de los que dicen: “yo no lo busco, pero si me lo ponen en la mano...”. Él es más de “ave que vuela, a la cazuela”. Si una mujer le gusta, la toma aunque sea por la fuerza. Así se entiende cuando, a escasas horas de su muerte, mira las piernas de la enfermera que prepara su eutanasia y dice: “Hasta hace poco le habría saltado encima sin pedirle permiso”. No son las palabras de un buen amante, sino las de un depredador sexual, un violador, aunque Arcand quiera disfrazar la violación de seducción haciendo responder a la enfermera: “Y tal vez le habría dejado hacerlo”.

2) Defensa de la eutanasia: Falaz, ya que sólo se la pueden permitir aquellos para quienes “el dinero no es problema”. Presenciar los últimos instantes de Rémy sin los dólares de su hijo hubiera sido penoso pero más real.

Las invasiones bárbaras fue muy apreciada en los festivales: Oscar al mejor film extranjero; mejor guion y mejor actriz en Cannes (Marie-Josée Croze); tres Cesar al mejor film, director y guion; David di Donatello al mejor film extranjero; Premios Genie y Festival de Toronto al mejor film canadiense; Critics' Choice Awards al mejor film de habla no inglesa; National Board of Review al mejor film de habla no inglesa...

GUION COMPLETO DE

El declive del imperio americano

Las invasiones bárbaras

EL DECLIVE DEL IMPERIO AMERICANO

Extractos

Historia

Dominique: “Los signos del declive del imperio abundan: la población que desprecia sus propias instituciones, el descenso de la tasa de natalidad, el rechazo de los hombres a servir en el ejército, la deuda nacional incontrolable, la disminución constante de las horas laborables, la proliferación de funcionarios, la decadencia de las élites... Una vez esfumado el sueño marxista leninista no queda ningún modelo de sociedad del que se pueda decir: Así nos gusta vivir. Lo que estamos viviendo es un proceso general de erosión de toda la existencia. Este proceso es inevitable, aunque, como en todas las épocas, haya charlatanes que digan que la salvación está en la comunicación, los microcircuitos integrados, la renovación religiosa, la forma física, o cualquier otra memez. Subrayemos que nosotros tenemos la suerte de vivir en el borde del imperio. Los choques son menos violentos. Y diría también que el periodo actual puede ser agradable de vivir en ciertos aspectos.”

Danielle: “La gente dice, que vivimos en una sociedad violenta, no paran de decirlo por la tele. La violencia de la sociedad moderna. Desde una perspectiva histórica es absolutamente falso, vivimos en una época tranquila. Es como los periodistas, que se ponen nerviosos por un 10% de paro. Cuando pienso que en Londres, en 1850, sobre un millón de habitantes había seiscientos mil que literalmente se morían de hambre. Por eso me gusta la Historia: tranquiliza.”

Rémy: “Hay tres cosas importantes en la Historia. En primer lugar, el número... En segundo lugar, el número... Y en tercer lugar, el número. Eso quiere decir, por ejemplo, que los negros de Sudáfrica acabarán un día cualquiera por ganar, mientras que, probablemente, los negros de Norteamérica no conseguirán jamás salirse de ahí. Eso significa que la Historia no es una ciencia moral. El derecho, la compasión y la justicia son nociones ajenas a la Historia.”

Diane: “Ésta es la razón por la que se critica la Historia: porque sólo se interesa por los vencedores. La mayor parte de las veces es por mera cuestión de documentación: tenemos muchos más documentos sobre los egipcios que sobre los nubios, muchos más documentos sobre los españoles que sobre los mayas y, desde luego, muchos más documentos sobre los hombres que sobre las mujeres. [Pero también] es posible que se dé un elemento psicológico, y es que nos gusta mucho más oír hablar de los vencedores que de los vencidos.”

Dominique: “En el fondo, Carlos Marx era un burgués alemán que se tiraba continuamente a las chachas en el sótano a espaldas de su mujer. A veces me pregunto hasta qué punto sus teorías derivan de su culpabilidad.”

Hombre -Mujer

Dominique: “En una sociedad estable, el matrimonio es una forma de intercambio económico y político, incluso una unidad de producción. En la literatura romana, la noción de amor conyugal comienza a proliferar en el siglo III, en el

momento en el que la base del imperio se hunde. El mismo fenómeno ocurre en la Europa del siglo XVIII, en el que la idea roussoniana precede un poco a la Revolución Francesa. Y yo hago esta pregunta paradójica: ¿Esta voluntad exacerbada de felicidad individual, imperante hoy en día en nuestra sociedad, no estará, a fin de cuentas, vinculada históricamente al declive del imperio americano que ya hemos empezado a vivir?”

Rémy: “A mí me parece que, para ser feliz, necesitaría cuatro mujeres, exactamente cuatro, como dice el Corán. Soy muy feliz con Louise pero, añadiría una escritora tipo Susan Sontag, una saltadora del equipo olímpico y una superguerra para animar el grupo. ¡Ja, ja, ja! ¡Ay, que me meo!”

Louise: “Yo no soy ingenua, ya imagino que Rémy habrá tenido alguna aventurilla estando de viaje (...) Os voy a contar lo que pasó una noche con motivo de una fiesta que organizó un compañero de colegio de Rémy. Había una decena de parejas. Primero esperamos a que llegase todo el mundo y luego pusieron un film porno en el vídeo casete. Después, la gente empezó a bailar. De hecho, no era realmente un baile, era más bien un magreo vertical. Luego, rápidamente, todo el mundo se puso a hacer el amor, por todas partes, en todas las habitaciones. Yo también lo hice, pero sólo con un hombre. Rémy estuvo un poco más activo, le vi con dos mujeres por lo menos... Aquella velada era una velada conyugal, entre parejas, y parece que esa gente es muy fiel en la vida, todo lo hacen juntos. Yo lo tomé como un modo de decirnos que aún nos amábamos.”

Dominique: “Rémy se ha tirado a todo Montreal. Estuvo dos años acostándose con Diane. Y con todas las mujeres del departamento, hasta la última secretaria. Aparte de todas las que no conozco. Se tiró incluso a la hermana de Louise... Le gusta el sexo, es irresistible.”

Rémy (a Louise): “Llevamos diez años juntos: ¡eso es amor! Algo que dura, algo que ayuda a soportar la enfermedad de un niño, la vejez. ¡Ah! Quiero dormir contigo el resto de mis días. ¡Te quiero tanto!”

Rémy (a sus amigos): “La mentira es la base de la vida amorosa y el cimiento de la vida social (...) Yo amo a Louise, aunque la engañe. Es la persona con que mejor me encuentro en el mundo (...) Yo, cuando el bicho se despierta, me convierto en lobo. De verdad te lo juro, deberían encerrarme, he llegado a pasar por un burdel antes de ir a una cita de amor.”

Claude: “No lo puedo evitar, hay noches en que tengo que tirarme a un tío, yo diría que a cualquiera.”

Rémy (ante el ligue): “¡Hay que tener ganas de follar! ¡Y eso no es todo! Encima tienes que gozar, y ya es difícil, ¿eh? Primero encontrar el clítoris, tarea muy delicada de por sí. En algunos casos es peor que buscar una aguja en un pajar. Además te haces la cabeza un lío con los apéndices y capítulos de Masters & Johnsons, *El informe Hite*, la controversia del punto G, Germaine Greer, Nancy Friday... Ya no sabes si usar los dedos, la lengua o el pito. Entonces la observas con el rabillo del ojo y piensas: Tiene pinta de... espero que... me pregunto si... ¡Eso! ¡El infierno! ¡Sí, el infierno!”

Pierre: “Yo me divorcié por razones físicas. El miedo al teléfono me volvía loco, porque cuando tienes aventuras, las pobres chicas se quedan prendadas de ti. Es fatal. Las más locas te llamarán un buen día a tu casa y tú lo sabes. Cada vez que sonaba el teléfono, mi corazón dejaba de latir por un segundo.”

Diane: “Es alguien que conocí en un bar. Siempre me ha penetrado por detrás, como a un hombre. Las primeras veces me tiraba del pelo hacia atrás, como a un caballo. Y luego empezó a azotarme en los muslos, en las nalgas. Y en un momento dado, cogió su cinturón de cuero. Hasta que un buen día me ató al radiador con los cordones de las cortinas en posiciones cada vez más humillantes. Nunca he gozado tanto en mi vida. Yo llevo el control. Me necesita totalmente, y eso no tiene nada que ver con mujeres maltratadas o rollos de esos. Es como un juego, con sus reglas pero sin límites. A veces me da la impresión de que podríamos llegar a matarnos (...) Yo, por el calor de un cuerpo el domingo por la mañana, me prestaría a cualquier bajeza (...) Cuando aún estaba con Roger, hizo que me acostara con su mejor amigo. Bueno, nos acostamos los tres juntos durante seis meses. Os lo recomiendo: dos bocas y cuatro manos.”

LAS INVASIONES BÁRBARAS

Extractos

Rémy adolescente (fantasías eróticas)

–Todo empezó con María Goretti. Hicieron una película sobre su edificante vida y la protagonista era Ines Orsini. Durante toda la película, la inmortal Ines Orsini va vestida de los pies a la cabeza, hasta las muñecas y los tobillos, salvo en un momento dado, cuando había que sugerir de alguna manera la naturaleza abyecta del deseo bestial del infame violador. Entonces, la exquisita María avanza hacia el mar, moja sus adorables pies y con un gesto rotundo pero púdico, se levanta la falda. ¡Um! ¡Los muslos de Ines Orsini! ¿Hace falta decir los ríos de esperma que he derramado soñando con esos muslos? El caso es que durante años me dormía cada noche empalmado soñando con Ines Orsini. Hasta que vi a Françoise Hardy cantando en televisión *Tout le garçons et les filles de mon âge*. Instantáneamente, Ines Orsini me pareció insignificante y mogigata. ¡Ay! Me acosté durante mucho tiempo con Françoise Hardy. Fuimos muy felices juntos. Desgraciadamente para ella, un día vi a Julie Christie en una película y vivimos un amor loco durante seis meses. Hasta que la abandoné por Chris Evert, la campeona de tenis, a la que abandoné después por la sublime bailarina Karen Kain que bailaba *Carmen* en Marsella. Je, je, je, je. Durante toda mi vida me he acostado con las mujeres más bellas del mundo...

Rémy agonizante (frustración)

–No quiero abandonar esta vida, la he amado tanto, no puedes ni imaginarlo. ¡Amaba todo! El vino, los libros, la música, las mujeres, sobre todo las mujeres. Su aroma, su boca, la suavidad de su piel... Nosotros lo llamábamos liberación sexual [pero] sólo he vivido aventuras lamentables en apartamentos mal ventilados en calles escondidas. Lo que habría necesitado era algo más fuerte. Una extravagancia.

–Cuando hice el doctorado en Berkeley, iba a clase junto a Locken y Donaldson, dos futuros premios Pulitzer. Ellos no eran mejores que yo, simplemente eran estadounidenses. Yo regresé aquí, empecé a dar clases, me casé y después... nada. Si al menos hubiese podido escribir: *El archipiélago Gulag*, la tabla periódica... –¿Cree que habría podido crear algo tan bueno? –¡Jamás! ¡Pero al menos habría dejado mi huella! En la vida es importante conseguir algo, aunque sea a nuestra medida. Podríamos decir que hemos hecho lo que sabemos lo mejor posible. Quizás así tendríamos una muerte plácida. Yo he fracasado en todo.

Rémy y Louise

–¡Sabes muy bien que llevo años sin tirarme a una alumna!

–¿Ah, sí? ¿Raphäelle Metellus no era alumna tuya? Y tú le dabas clases particulares: arrodílese, señorita, y abra bien la boca, y tenga cuidado, no quiero sentir sus dientes.

Sébastien y Rémy

–Con historias como esa destruiste a tu familia. ¡Arruinaste mi infancia, mi adolescencia, y también la de Sylvaine!

–¡Pues no te molesto más! ¡Vete ya, no te necesito ni un solo segundo, niño! ¡Vete a la mierda!
–¡Que te jodan, capullo!
–¡Vete a la mierda!

Las amantes complacidas (definición de Rémy)

–Libidinoso, libertino, bestial, perverso, vicioso, víbora lasciva...
[Autodefinición] –Socialista voluptuoso.

Las mamadas (risas)

–Para mí la muerte más dulce fue la de Félix Faure, presidente de la República Francesa en ejercicio. Su corazón dejó de latir mientras su amante, la admirable Madame Steinheil, de rodillas ante él, le practicaba con entusiasmo la madre de todas las mamadas. (Risas) Sus enemigos exclamaron: “Él quería, como César, ser ensalzado, pero sólo fue enmamado. (Risas) Y a Madame Steinheil la apodaron “la Sorbona asesina”. (Risas)

–Pues te recuerdo, mi querido Rémy, que, en una época, algunas de nosotras te la mamábamos como fieras y con mucho entusiasmo. (Risas)

–Recibíamos elogios a chorros. (Risas)

–Cielos, señora, eso no me lo trago. (Risas)

Sobre los “ismos” (coral)

–Hemos sido de todo: separatistas, independentistas, soberanistas, soberanistas asociacionistas... Al principio empezamos siendo existencialistas. Leímos a Sartre y a Camus. Luego leímos a Franz Fanon y nos volvimos anticolonialistas. Entonces leímos a Marcuse y nos hicimos marxistas, marxistas-leninistas, trotskistas, maoístas... Después leímos a Solzhenitsin y nos hicimos estructuralistas. Situacionistas, feministas... Desconstructivismo... ¿Existe algún "ismo" que no hayamos adorado? Pero, ¿por qué habremos sido tan gilipollas?

La inteligencia y la Historia (coral)

–Contrariamente a lo que la gente cree, la inteligencia no es una cualidad individual. Se trata de un fenómeno colectivo, nacional e intermitente. Atenas, 416 a.C., Eurípides estrena *Electra*. En las gradas, sus dos rivales, Sófocles y Aristófanes, y sus dos amigos, Sócrates y Platón. La inteligencia estaba allí...

–Floencia, 1504, Palazzo Vecchio. Dos paredes, dos pintores. A mi derecha, Leonardo da Vinci; a mi izquierda, Miguel Angel. Un aprendiz: Rafael. Un agente: Nicolás Maquiavelo. ¡Forza Italia!

–Filadelfia, EE UU, 1776-1787. Declaración de Independencia y constitución de los Estados Unidos. Adams, Franklin, Jefferson, Washington, Hamilton y Madison. Ningún otro país ha tenido tanta suerte.

Confirmado: Arcand no es *l'enfant terrible* que arremete contra todo. Es un prosélito de los Estados Unidos, desde los tiempos de su fundación hasta la actualidad.

LA CAÍDA DEL IMPERIO AMERICANO

En la última entrega de la trilogía, *La caída del imperio americano*, Arcand deja la saga familiar de Rémy para contar un thriller amable: Pierre-Paul Daoust, un joven doctorado en filosofía trabaja como repartidor de paquetes porque gana más que como profesor. Durante un reparto, presencia un atraco fallido en el que los atracadores acaban muertos o dándose a la fuga. Dos bolsas llenas de dinero quedan a disposición de Pierre-Paul que, tras la indecisión inicial, se las lleva.

No es el único giro de Arcand sobre sus entregas anteriores. También se aparta del tratamiento groseramente machorro de la relación hombre-mujer para caer en un romanticismo pastelero que no mejora su visión del asunto.

En lo que sí persevera es en la denuncia pícaro: pone a parir a los ricos pero aconseja al espectador que los imite si tiene ocasión. Esta vez, el grupo de ciudadanos encargado de hacer justicia social cuenta con un ex estafador experto en cuestiones fiscales, una prostituta bien relacionada con las altas esferas, un guardaespaldas y un delincuente, todos ellos bondadosos a pesar de su profesión. Para que puedan llevar a cabo su resarcimiento, el azar los hace depositarios del botín de un atraco. A partir de este hecho fortuito, Arcand explica los entresijos del flujo internacional del dinero con un aluvión de cifras. seguramente correctas, pero carentes de utilidad para un espectador al que solo consuela ver que los buenos escapan al cerco policial mientras el gran financiero es detenido. Así de pueril.

Con todo, el aspecto más inverosímil del relato es el romántico: Una escort de lujo, con cuentas millonarias repartidas por diversos bancos, se enamora de un repartidor filantrópico al que secunda en labores como servir a los indigentes en comedores de beneficencia (todos muy pulcros y sonrientes) o regalar un apartamento lujoso a un sin techo. En resumen, la caída del imperio a la que alude el título es un trampantojo que se ve bien si se tiene la indulgencia necesaria para admitir que el asalto, con tiroteo incluido, no tenga más testigo que el repartidor; o que el paseo de los tortolitos empiece al atardecer y continúe al amanecer del día siguiente; o que la policía, que los vigila a todas horas, no los pille ni al enterrar ni al desenterrar el dinero; o...

REPARTO

El declive del imperio americano

Dominique St. Arnaud	Dominique Michel
Louise	Dorothée Berryman
Diane Leonard	Louise Portal
Pierre	Pierre Curzi
Rémy	Rémy Girard
Claude	Yves Jacques
Danielle	Geneviève Rioux
Alain	Daniel Brière
Mario	Gabriel Arcand

Las invasiones bárbaras

Rémy	Rémy Girard
Sébastien	Stéphane Rousseau
Nathalie	Marie-Josée Croze
Gaëlle	Marina Hands
Louise	Dorothée Berryman
Sylvaine	Isabelle Blais
Constance Lazure, monja	Johanne-Marie Tremblay
Diane	Louise Portal
Dominique	Dominique Michel
Pierre Citrouillard	Pierre Curzi
Claude	Yves Jacques
Alessandro, compañero de Claude	Toni Cecchinato
Ghislaine, mujer de Pierre	Mitsou
Marlène Dupire, amante lunática	Sophie Lorain
Segunda amante	Sylvie Drapeau
Suzanne, enfermera	Markita Boies
Ronald, el sindicalista	Jean-Marc Parent
Otro sindicalista	Denys Arcand
Olivier, camello	Yves Desgagnés
Gilles Levac, policía	Roy Dupuis

La caída del imperio americano

Pierre-Paul Daoust	Alexandre Landry
Aspasie / Camille Lafontaine	Maripier Morin
Sylvain 'The Brain' Bigras	Rémy Girard
Sto. Pete La Bauve	Louis Morissette
Carla McDuff	Maxim Roy
Me Wilbrod Taschereau	Pierre Curzi
Jacmel Rosalbert	Patrick Abellard
Linda	Florence Longpré
Vladimir François	Eddy King
Nicole	Geneviève Schmidt